

Cuento ganador, en la modalidad de castellano, del XXI Concurso de Cuentos “Villa de Erreterria”, organizado por “Ereintza Elkarte”, con el patrocinio del Ayuntamiento de Erreterria, cuyo Jurado estuvo compuesto por Raúl Guerra Garrido, Ezequiel Seminario y Antton Obeso.

Araceli González Vázquez (Torrelavega, Cantabria, 1976) es licenciada en Historia por la Universidad de Cantabria, en la que prepara una tesis doctoral sobre *Las mujeres campesinas y artesanas Beni Chaib del Rif Occidental (Marruecos)*. Escribe prosa, poesía y teatro.

Con sus relatos *Sicilia*, *Un pintor chileno*, *La triste Marita*, *La sombra del galeón*, *La muerte de Aguirre*, *El galeno y los nombres*, *El regreso de Mara McRae* y *La importancia de llamarse Lucas* ha obtenido los premios literarios José Hierro (1997), Consejo Social (1997), Universidad Internacional Menéndez Pelayo (1998), Los Cántabros (1999), Santoña... la mar (1999), Lituma (1999), Villa de Rentería (2000) y Ayuntamiento de Llodio (2000). Con sus relatos *Vida de nadie y otras ruinas*, *El jardinero*, *El pozo de Mauritania*, *El caso de las naturalezas muertas* y *La verdadera voz de Alicia Basarrate* ha sido finalista o accésit de los premios Ana María Matute (1997), Villa de Colindres (1998 a 2000) y Consejo de la Mujer de Cantabria (1999). Con su primera obra de teatro, *Juan Cruz*, ha sido finalista del premio Ricardo López Aranda 1999. Por otro lado, sus relatos *Vida de nadie y otras ruinas* y *León Caviedes* han sido incluidos en las antologías *Narradores de Cantabria* (1998) y *Palabra e Imagen* (1999) y los titulados *La columna vertebral del cielo*, *Dos hermanos*, *La Heladería* y *La bella que se finge durmiente* han sido publicados en la prensa cántabra.

## EL REGRESO DE MARA MC RAE

A Jesús Emilio y a Juanjo

A Abel

Araceli González Vázquez

### I

Aquel día amaneció con la llovizna triste y monótona del mes de octubre y José Gaité, que aborrecía caminar bajo la lluvia –fuera cuál fuese la intensidad de ésta– no acudió a la tienda del uruguayo Ernesto Matías para leer los grandes titulares de la prensa y pasar las páginas de unos diarios nacionales y rotativos locales que nunca compraba. Aquella era su anciana costumbre; abría la cancela de hierro, estrechaba la mano de su vecino, compraba un paquete de tabaco, se sentaba en la banqueta de madera de la entrada y leía el resumen de lo más importante del día. *Ponía pies en la tierra sin soltar una moneda* –como él mismo solía decir– y a media mañana regresaba a su casa caminando despacio, como si la prisa para él no existiera y las demás horas del día le sobrarian. Nadie le decía nada en la tienda. Nadie objetaba una sola razón a su vieja costumbre de leer y no pagar; tal era la fuerza de aquel hábito descarado, que nadie en Chaquitos estaba dispuesto a romperlo, de un lado porque José Gaité era respetado y de otro porque la prensa se vendía completa y a nadie hacía mal que un vecino la leyera temprano.

La gente dice que si no hubiera llovido esa mañana de octubre, lo más probable es que José Gaité se habría enterado del regreso a la región de Mara McRae, pues lo decía el rotativo *La Comarca* en su tercer titular del día, y que hubiera sabido que la enfermera escocesa que había sido –treinta años atrás, en los tiempos del gobernador San Juan– su amante, regresaba para vacunar a los consuetudinarios enfermos de la gripe.

II

Antonia de Lezama, la mujer de José Gaité, trabajaba en el cafetal de la gran finca de los Izaguirre. Había laborado más de veinticinco años con las plantas y los granos; por esa razón –*la razón de la experiencia*, como ella misma decía– ocupaba la mesa contigua al despacho del coronel y se había convertido, a pesar de su edad, en su administradora y secretaria.

–Dicen los obreros de la finca que salió la prensa –anunció Antonia distraídamente al regresar del cafetal a mediodía–. Dicen también que no fuiste a leerla. Que llueva no es que muera, José, ya otras veces te lo he dicho. No enfermarás si te mojas.

–Menos mal que salió la prensa –contestó su esposo con malhumorada ironía, mientras molía café para romper el aburrimiento–. Eso quiere decir que el día de hoy probablemente será como el de ayer y también, que los papeles amarillos nos confirman que el día de ayer no fue sino semejante al anterior y así sucesivamente, pero hacia atrás, hasta confirmar que existe un pasado monótono y cansino que nos asedia y no nos deja vivir.

Antonia de Lezama era una mujer paciente, así que no entró en el juego de las discusiones y los reproches que siempre comenzaba con la ironía y el sarcasmo de su esposo –reniegas interminables que adornaban el carácter de José Gaité, a las que ella se había acostumbrado temprano–. Antonia de Lezama pensó en la otra mujer, en la Mara McRae del titular de *La Comarca* que Chico Izaguirre, no sin cierta sorna, le había leído aquella mañana en la oficina de la finca. La mujer escocesa era para Antonia de Lezama la otra que siempre había existido y que, a la hora de la vejez, bajo la forma de un inútil reproche, se había concretado en un nombre y se había convertido en el objeto de sus discusiones matrimoniales.

Aunque no deseaba discutir, cambió el rumbo de la conversación sin cambiar de tema.

–Llegó en 1945 –dijo–. Un cinco de agosto. No hacía un mes que habíamos comprado esta casa. Recuerdo la fecha con exactitud porque mi hermana se marchó en el mismo barco que la trajo a ella.

José Gaité le dirigió una mirada hosca. Continuó moliendo los granos de café, aún si cabía con mayor estridencia y fuerza. Su mujer era un castillo de obstinación que a ratos decidía atormentarlo con su exacta y calculada memoria. Afuera seguía lloviendo, con levedad pero con constancia.

–Llegó en 1945, José Gaité, ¿aún lo recuerdas? –insistió Antonia.

–Aún recuerdo su nombre –contestó José–. ¿Me hablas de Mara McRae? –preguntó distraído–. Probablemente sí. No haces otra cosa que hablar siempre de lo mismo. La memoria, que es bicha fiel a veces y traicionera otras, custodia, a pesar de los años transcurridos, todas y cada una de sus palabras. Sin embargo, hace que olvide las imágenes, las texturas, los colores... Fíjate qué extraño, Antonia. Por eso te digo yo a veces que la memoria me traiciona...



Antonia de Lezama permaneció en silencio; condujo su inesperado mutismo hacia el cuarto de la ropa y ordenó, con infinita paciencia, todas las sábanas de algodón moreno que se apilaban a uno y otro extremo de la habitación. José Gaité continuó moliendo café, como si la conversación anterior no hubiera tenido lugar, como si la provocación irónica que le había lanzado a su mujer no hubiera significado para él más que un soplo del aire.

Antonia de Lezama, una vez hubo ordenado todas y cada una de las sábanas y las hubo recogido en el armario, regresó a la cocina, donde José Gaité antes molía café y ahora hojeaba las páginas de una novela por entregas, y le dijo, para abrir una tregua en la discusión:

–Ayer me dijeron que los sacos del maíz del almacén Izaguirre se han llenado de gorgojo.

–¿Qué pasará si el rumor es cierto? –preguntó su marido con interés.

–Quizá sean habladurías, ya sabes cómo es este pueblo. Mañana cumplo una jornada de siete a dos en el almacén. Cuando vuelva, ya te diré qué hay de cierto en eso del gorgojo.

Antonia dudó un instante antes de añadir:

–¿Recuerdas a la venezolana? Aquella vez no me importó. Yo era muy joven. Mi hermana intentó explicarme cómo eras y cómo te comportarías hasta el día de tu muerte. No lo entendí bien. Quizá por eso, a partir de aquella mulata, se me atragantaron todas.

José Gaité bajó la vista y la perdió entre las páginas de la novela y precisó:

–Todas no fueron tantas, Antonia.

Su mujer, que con el tiempo había aprendido a no escuchar las impertinencias de José Gaité, preguntó decidida:

–¿Irás a visitarla?

–¿A quién?

–A Mara McRae. La prensa dice que llegará mañana.

Por primera vez, José Gaité no encontró de inmediato palabras con las que responder a su mujer. Permaneció en silencio, indeciso, recogido en sí. Al final, se atrevió a decirle:

–No insistas, Antonia. La memoria de esa mujer no se merece mi arrepentimiento.

### III

Eliana Manaure regentaba la única taberna del pueblo. Eliana era una mujer fuerte y comprensiva; a ella le cabía el honor de haber sido la primera en hablar con la recién llegada Mara McRae, cuando esta no era más que “la nueva enfermera” o, a lo sumo, “la escocesa pelirroja”.

–Imagínense –había dicho aquella vez–. Al atardecer la luz cae sobre su rostro e ilumina sus ojos verdes. Su pelo es rojo, cobrizo como el maíz del norte, y su piel, es tan blanca que un agorero esmerado podría leer el destino de la humanidad en sus venas...

Los hombres de Chaquitos que bebían vino en su taberna, la escuchaban asombrados.

–¿Habló? ¿Dijo algo? –preguntaban algunos.

Eliana Manaure sonreía con cierta picardía.

–Ni una sola palabra. No es necesario que hable; todo lo dicen sus ojos. Mañana la verán, viejos obstinados. Creo que viene a pinchar a los que no están vacunados del año anterior, porque este año viene mala gripe.

## IV

Todos la vieron. O al menos, a la vuelta de unos años, a todos les dio por decir que la habían visto. Hasta a los que no tenían edad para haber coincidido con ella. No quedó un ojo en el pueblo que no hubiera estado frente a los de Mara McRae y, por supuesto, no quedó un brazo sin pinchar por su aguja en toda la comarca. Muchos dijeron haber hablado con ella, antes y después de sus amores con José Gaité. Dijeron que Mara aludía constantemente a los enigmas del corazón, a la monotonía que se pliega en la piel de los amantes que no renuevan su amor, a la distraída sensación de pérdida que acomete contra la unión de los cuerpos, a la distancia que se abre –como si fuera un abismo– entre dos corazones que ya no dialogan. Dicen que José Gaité la escuchaba con una paciencia inusitada en él y que, por ello, lo envenenó con aquella letanía incierta sobre el amor.

Dijeron que habían vivido juntos durante siete semanas.

Dijeron que en mayo José Gaité había regresado a casa y que Antonia de Lezama había sollozado sobre su regazo; que él, brusco y en secreto, había comparado aquellas lágrimas apenas perceptibles con los ríos de tristeza que había manado de los ojos de Mara McRae y que por ello, nunca había sentido a las dos mujeres tan distintas como aquel día. Dijeron también que Antonia de Lezama poseía una fuerte determinación que rara vez flaqueaba y un carácter sobrio que nunca daba muestras de insensatez. Dijeron que, por el contrario, Mara McRae era una mujer impulsiva, romántica, voluble; siempre pendiente del cambio de las agujas del reloj para poder cambiar con ellas.

## V

Aquella misma tarde, Antonia de Lezama entró en la selva del Cielo Verde, al sur del pueblo; antes le había pedido permiso al párroco Cepeda (aquellos eran bosques de la Iglesia) para arrancar algunas raíces del *jamayuco*. Le dijo que eran para el dolor de los músculos de su marido, pero el párroco, que conocía su fama de herboristera, no creyó una sola palabra. A pesar de todo, le permitió pasar a la selva y llevarse la raíz que deseaba. Quizá porque el párroco también había oído los rumores de otro tiempo –le daba lástima aquella mujer– y quizá porque él también creía en la magia de las plantas y en el poder benéfico que para Antonia de Lezama adoptarían.

La lluvia continuó dibujando en el aire su filigrana invisible. Antonia regresó a casa casi al anochecer, cargada de hierbas y ungüentos de fuerte olor.

–¿Qué vainas te traes entre manos? –le preguntó José Gaité.

–Ando en experimentos contra el gorgojo. Recordé algunos consejos de mucama vieja –respondió Antonia–. Los rumores sobre la finca eran ciertos y quién sabe si tal vez estos remedios míos funcionen y el viejo Izaguirre se sienta agradecido.

–¿Y qué cosa esperas tú del agradecimiento del viejo, si puede saberse? –preguntó malhumorado José Gaité.

–Que se la lleve lejos. Que ese viejo coronel bien sé yo que tiene influencias y bien sé yo que puede mandarla de vuelta y a los infiernos. Que ya he pedido hace treinta años que la parta un rayo y he visto que Dios no está por la labor.

José Gaité se mantuvo en silencio e intentó descifrar qué clase de venganza rumiaba su esposa, a la que conocía bien.

–¿No estarás fabricando maleficios, verdad? –preguntó después de un rato.

–No digas tonterías, José Gaité. La memoria de esa mujer no se merece mis maleficios.

–Pero tal vez sí su regreso...

## VI

A la mañana del día siguiente no llovió. Amaneció el cielo nublado y gris del mes de octubre pero ni una sola gota cayó de la nube y mojó la tierra. La cuñada de Antonia de Lezama madrugó temprano y llegó a la casa para decirle que no dejara salir a José Gaité a leer la prensa, que sin duda Mara McRae lo esperaría sentada en la tienda de Ernesto Matías, para propiciar un encuentro.

Antonia de Lezama le pidió que se sentara. Le explicó que el día anterior había entrado en la selva del Cielo Verde y se había encontra-



do en el lago con Mara McRae, la enfermera escocesa de sus delirios. Sabía bien que allí crecía el *jamayuco* y sabía también que aquel lugar fascinaba a la otra mujer; sabía que los automóviles de la campaña de vacunación pernoctaban en el lugar de víspera y que Mara McRae, si aún conservaba su determinación natural, apagaría sus melancolías en el mismo lugar en el que había conocido a José Gaité, el marido que le había robado durante siete meses.

Antonia le contó a su cuñada que habían hablado, aunque al principio no la había reconocido porque las arrugas cuajaban su rostro y no había ninguna luz especial en su piel que la identificara con la Mara McRae del pasado. Sus ojos verdes eran ahora diminutos cristales y sus labios carnosos se hallaban cuarteados. Mara McRae se había casado y tenía cinco hijos; alguno de ellos le había dado nietos. Parecía haberse cerrado la distancia entre las dos mujeres; porque Antonia de Lezama también mostraba en su rostro la huella de la vejez y porque sus hijos y los hijos de José Gaité también le habían llamado abuela.

–Pensé que le había visitado ayer por la tarde, mientras tú no estabas en la casa –le dijo su cuñada.

–La prensa anunció ayer por la mañana que llegaría hoy. No antes. Fui tranquila, por raíz de *jamayuco* para el gorgojo de las plantaciones.

–Pero regresaste tarde.

–Regresé pronto y volví a salir. Al coronel Izaguirre le acecha la muerte, así que duerme poco. Hace que dos criadas se tiendan junto a él y nunca le ha sido infiel a su esposa; sólo desea escuchar el arrullo de otras respiraciones que no sean la suya. Los rumores respecto a esto son ciertos; los del gorgojo también. Fui a decirle que gracias al *jamayuco* el gorgojo remitiría y así me lo encontré. Cuando me iba me susurró. *A la enfermera, mírala bien; no es la misma mujer la que regresa.*

–¿Cómo lo sabía? –preguntó la cuñada con gran intriga.

–Porque la había mandado llamar...

–¿Qué vas a hacer con el viejo Izaguirre? –preguntó la cuñada.

–Dejaré de trabajar para él cuando el gorgojo desaparezca del maizal.

–¿Y qué vas a hacer con José Gaité? –preguntó también.

–Será mejor que la vea con sus propios ojos. No hay razón para temer que la confunda con Mara McRae; sin duda, la mujer que vino a pinchar a los enfermos de la gripe es otra.

